

LAS COSAS, COMO SON

La ciudad habitable

Por Sempronio

Entre las muchas cosas que han contribuido a cambiar la faz de Barcelona, están sus numerosos jardinillos. Si carecemos de parques céntricos —Montjuich y la Ciudadela pillan lejos de las zonas pobladas—, por lo menos una acertada y previosora política «verde» viene llenando la urbe de minúsculos y acogedores jardines, plantados aprovechando encrucijadas de calles, plazuelas recoletas, etcétera.

Alguien dirá que nos contentamos con poca cosa y nos hablará del Central Park, del Luxemburgo y del Retiro... Sí, ya sé. No obstante, se equivocan los remilgados. De darse un paseo a la caída de la tarde de cualquier día de verano por las barriadas extremas, comprobarán la enorme utilidad que los diminutos jardines, que los sintéticos «squares» rinden a la ciudad. Millares de barceloneses que no veranean se instalan en ellos. Los bancos y las fuentes cuentan con nutridísima parroquia. Y no hablo ya de los enamorados, pues son gente reservada, que prefieren que no se hable de ellos...

Siendo así, a los ancianos amigos del descanso, a las comadres y compadres devotos de la cháchara, a los niños ilusionados por el juego y a los enamorados que buscan escenarios poéticos, Barcelona les brinda a partir de mañana nuevos y bellos rincones.

Cuya necesidad se hacía sentir. Escribo que a partir de mañana. Pues bien, ayer, en que me dedicué a recorrerlos, la impaciencia de los chiquillos no había inaugurado ya por cuenta propia, sin solemnidad alguna.

Frente a los salesianos de Sarriá, trapecios y toboganes no descansaban.

—¡Ay de vosotros...! ¿No veis esa cuerda que prohíbe el paso? —les amonestaban a los niños.

Pero la cuerda que cerraba el acceso a los jardines era un juego más, que la chiquillería se saltaba a la torera.

UN SIGLO ATRAS

Martes 17 de julio de 1860
DIARIO DE BARCELONA

La lluvia que sobrevino a las primeras horas de la tarde de ayer hizo desaparecer todos o la mayor parte de los puestos de la feria, y obligó a que tuvieran que retirarse más que de prisa las elegantes parejas que estaban tomando parte en los bailes de entoldado. La fiesta de Nuestra Señora del Carmen se solemnizó en varias iglesias con extraordinaria esplendidez, y era notable la iluminación que se veía en la de Belén.

Aun cuando a última hora de la tarde se despejó la atmósfera, no tuvieron lugar los bailes que por la noche debían darse en los entoldados inmediatos al paseo de Gracia; pues al oír los truenos y creyendo que iba a venir una fuerte tempestad se acordó suspender las danzas, aplazando el baile para el próximo jueves. Así es que muchas personas que ignoraban el acuerdo se presentaron al local señalado, donde los encargados del mismo les manifestaban la determinación.

Bonito jardín ese del Paseo de San Juan Bosco. Su gracia arranca de la irregularidad y de haber conservado en el ángulo de las calles de Santa Amelia y de Benedicto Mateo un grupo de árboles procedentes de alguna antigua finca, de las muchas que existían por allí. Especialmente hermosos son tres o cuatro altísimos pinos. ¡Ah, si la ciudad hubiera conservado parte de las arboledas que ha ido engullendo al compás de su impetuoso avance...! Pero la característica general fue la inversa, la tala sin contemplaciones ha sido la nota dominante. Los pinos de la nueva plaza de los Salesianos, prestigiando a un moderno barrio por efecto de su sola presencia, constituyen un modelo a imitar.

De la virtud transformadora de un jardín, por pequeño que sea, es ejemplo elocuente el que acaba de ser construido en otro extremo de la ciudad, en el Clot. En la calle de los Enamorados, frente al llamado Local de Ventas, existía una parcela perdida, producto de la confluencia de la calle de Aragón con aquella otra vía. Pues bien, la plazoleta irregular en forma de triángulo, es desde hoy un paraje ameno, con setos y árboles, al cual convergen muchos niños y también muchos mayores desocupados o ávidos de descanso.

Se ha producido una vez más el fenómeno al cual aludía al principio: en cualquier punto de la ciudad plántese un árbol y colóquese un banco a su sombra. Inmediatamente acudirán personas a sentarse en el banco y niños a jugar a sus pies. Ergo, quiere decir que la labor de construir jardines a que se ha dedicado el Ayuntamiento estos postreros años era de lo más necesaria. No tan sólo de vías de circulación rápida viven las ciudades. ¡Espacios verdes, grandes de ser posible, pero cuando no, pequeños! Espacios verdes —unos árboles, unos setos, una fuente, un laguito— aireando, humanizando y poetizando las concentracionarias agrupaciones de viviendas.

Mi paseo por las recientes conquistas verdes no habría sido completo de excluir el final del Paseo Nacional, donde ayer fue inaugurado un jardín con una escultura del abstracto Subirachs. La visión es original y novísima.

La gente de la Barceloneta, «badoca» y locuaz como todos los pueblos de mar, tiene tela cortada para rato. Se ha dicho oficialmente que la escultura representa una evocación marinera. Es lógico, entonces, que cada espectador refiera su evocación.

—Para mí, es una pieza de barco desguzado —apunta uno.

—Sí, el timón —completa otro—. Eso es un codaste.

—Pues yo juraría que representa una vela marina —contradice un hombre que ha permanecido media hora rumiando.

—¿Quiere usted decir? A mí me recuerda la cola de una ballena —le replica un pescador mozo.

Probablemente, semejante muestrario de evocaciones marineras causará la felicidad del escultor. El arte nuevo aspira a sugerir, a estimular la imaginación de los contempladores. Entonces, Subirachs ha dado en el clavo.

Lo importante es que Barcelona se hermostee. Que crezca, pero que simultáneamente se haga habitable.